

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

La muñeca y el libro de memorias. — La curiosidad castigada. — Celina la burlona. — Aventuras de un distraído. — Educacion del corazon. — La zorra. — El maniquí. — Máximas. — Advertencia.

LA MUÑECA

Y EL LIBRO DE MEMORIAS.

Elvira ha cumplido ya los nueve años y ha tenido varias muñecas de poco valor, porque como aún no tenía bastante juicio, todas las destrozaba, y su mamá no queria malgastar el dinero que hacia falta para otras cosas.

Hoy es diferente: la niña empieza á ser una mujercita, y tiene ya bastante juicio para cuidar los objetos que se la entreguen; por eso es preciso, y no hay inconveniente en comprarla una muñeca bonita y de más precio que las anteriores.

La mamá de Elvira guardaba á ésta una sorpresa agradable, una gran sorpresa. La habia prometido regalarla una cosa cuando fuese mayorcita, cuando tuviera juicio, y la niña procuraba que el ofrecimiento se realizase, para lo cual

cuidaba mucho sus juguetes y muñecas; pero, sin embargo de esto, no se creyó que estaba en disposicion de recibir el regalo ofrecido hasta que cumplió los nueve años.

Esto os probará, lectoras mías, que es preciso no ser atolondradas y que la formalidad y el juicio son necesarios aún en la más tierna edad, para poder tener los juguetes más bonitos y las muñecas de más precio y mejor vestidas. Más tarde sucederá lo propio con todos los objetos que se os confien: si sois juiciosas y trabajais con el esmero debido, sin estropear ni romper nada, no vacilará mamá ni la abuelita, ni la tía, en entregaros los trabajos más delicados ni los objetos más preciosos; pero si, por el contrario, sois atolondradas y todo se estropea en vuestro poder, tendrán siempre miedo de entregaros nada y no seréis dueñas de cosas de gran valor ni os ocuparán con labores de mucho mérito.

— ¿Pero qué fué lo que ofreció

á la niña Elvira su buena mamá? —diréis sin duda, con la impaciencia propia de la infancia, y mucho más tratándose de juguetes.

Pues la habia ofrecido y la regaló el mismo dia de sus cumpleaños, una muñeca, ¡pero qué muñeca! puedo aseguraros que nunca he visto otra más bonita; ¡qué ojos tan bien hechos! parecian tener movimiento y animacion; ¡qué color tan sonrosado en sus mejillas! y una cabellera tan rubia y bien rizada, que causaba admiracion contemplarla. Era bastante alta, y lo que más os hubiera gustado era una caja de carton que acompañaba á la muñeca y en la que se hallaba el equipo de ésta: es decir, tres vestidos, uno de lana y dos de seda; dos sombreros á cuál más bonitos, enaguas, camisas, pantalones, etc., etc.

Y bien, dirán mis lectoras, ¿qué tiene esto de particular? nosotras tambien tenemos todo eso; muñecas, vestidos, sombreros y demas. Pero lo que no saben VV., señoritas, es que la muñeca de Elvira no se ha comprado en los Tirolenses para ella, ni tiene un dia ni dos; sino que esta muñeca sirvió á su mamá cuando era niña y entónces se compró. Ademas, los vestidos, enaguas, pantalones y otras labo-

res que la muñeca tenía en su equipo, todo estaba hecho por la misma mamá de Elvira, la cual, al dejar los juguetes para ocuparse en cosas más serias, guardó éstos como recuerdo de su infancia. Esto ya me parece que es digno de contarse, y aún cuando á alguna otra niña la haya sucedido otro tanto, no es lo general, por más que sea sensible que así no suceda.

— Vaya, señor escritor, no estamos conformes, y bien se conoce que V. no entiende de muñecas, de vestidos, ni de modas, porque si no, comprenderia que nosotros no podemos gastar las muñecas de nuestras mamás, las cuales ya serian muy antiguas por sus trajes....

— Poco á poco, señoritas; se me olvidaba decir á VV. que el haber visto yo la muñeca de Elvira, es por haberme encontrado á esta niña, un dia que fui á su casa, arreglando los vestiditos y la demas ropa, despues de haber rizado nuevamente el pelo rubio de que ya he hablado. De este modo la muñeca antigua de mamá se convierte en una muñeca de última moda, como la que tendrá hoy mi amiga Elvira.

Despues que ésta me hubo enseñado los diferentes trajes de su

muñeca, divisé en el fondo de la caja de carton donde se hallaban un pequeño libro, que me apresuré á coger despues de haber pedido permiso para verle á mi amiguita.

Con gran sorpresa vi, al volver algunas de sus hojas, que estaba manuscrito y que la letra era de mujer. Al final tambien pude observar que estaba firmado con el nombre de «Matilde», que es el que lleva la madre de Elvira.

En este libro habia descrito la madre de la niña, cuando ella tambien lo era, sus impresiones, una multitud de sucesos y acontecimientos, que indudablemente llaman la atencion de la mayor parte de los niños; pero que no tienen la feliz ocurrencia de estamparlos sobre el papel como hizo Matilde.

Cuando vi á la madre de Elvira, me apresuré á aprobar y á felicitarla por su ocurrencia, á lo cual ella me contestó:

— Cosas de chicos. Me he olvidado de separar ese libro de la caja; pero ahora le guardaré ó le romperémos; ¿verdad, Elvira?

— Nada de eso, — interrumpí yo en seguida, — me parece que este libro no trata de nada malo que no pueda leer la niña; y creo, aún más, me atreveré á solicitar de V., Matilde, que me permita sacar una

copia de él, para que vea la luz pública y llegue á conocimiento de todos los niños.

Despues de alguna resistencia por parte de la autora, conseguí que accediera á mi peticion, y por si no me he equivocado y el manuscrito de Matilde es de vuestro agrado, lectoras mias, voy á copiar algunos de sus trozos:

«Estoy muy contenta: mañana voy por primera vez á un colegio en que casi todas las niñas son mayores que yo, y tengo diez años. Mi mamá ha creido conveniente que deje de asistir á casa de la otra maestra, porque ya he aprendido allí cuanto me podian enseñar. Sé leer, escribir y contar regularmente, sé hacer una camisa con bastante perfeccion, y algunas otras labores; pero ahora voy á aprender otras cosas más bonitas.

— Sin embargo, como no soy ingrata, siento un gran pesar al separarme de las niñas, de mis compañeras del primer colegio, y de la señora, que me queria tanto, porque dice que soy muy aplicada y muy juiciosa y obediente; que tengo la buena cualidad de no contesar con malos modos cuando me riñen. Siento tambien separarme de ella, y no olvidaré nunca que fué la primera que me enseñó á

hacer lo que tanto bien me puede proporcionar en esta vida, la primera despues de mamá que me dió buenos consejos y de quien aprendí cuanto hoy sé.

—»He oido decir á las amigas de mamá y á los amigos de papá, sin que yo haya tratado de sorprender sus conversaciones, porque creo que nunca deben hacer esto las niñas, que tengo una gran imaginacion, que tengo talento. ¿Qué será esto y cómo lo habrán conocido? Trataré de averiguarlo, porque debe ser una cosa muy buena para mí, segun la satisfaccion y alegría que veo en el rostro de mis padres cuando álguien se lo dice.

—»No pudiéndome explicar el por qué sentia un gran placer al hacer una limosna, lo cual me gusta mucho y hago con frecuencia, me atreví á preguntárselo la otra tarde á la señora, y me contestó que esto les sucede á todas las personas verdaderamente caritativas, y que la causa es porque el Todopoderoso se halla siempre con especialidad á nuestro lado cuando ejercemos la caridad ó practicamos alguna buena obra.

—»Hace tres dias que voy al nuevo colegio, en donde aprendo á bordar y otras labores muy bonitas: ademas doy leccion de dibu-

jo, frances y solfeo. Estoy muy ocupada, pero muy contenta con mi nueva vida; mis compañeras de colegio me parecen muy amables y muy buenas, creo que entre ellas voy á encontrar algunas amigas.

—»Estoy bordando un pañuelo para mamá. Para cuando lo concluya me ha ofrecido comprarme una muñeca de las más bonitas y con vestido de seda; deseo con ansia terminar esta labor, por ver lo que me dicen de ella y por la muñeca.

—»Mamá ha ido al teatro esta noche con papá y con mi hermano, que ya es casi un hombre, pues el año que viene concluirá su carrera, por eso va ya al teatro. Yo, aún dicen que soy muy pequeña y que necesito estudiar, por eso me he quedado en casa, con la gramática francesa y los papeles de música. No me pesa, pues de este modo podré adelantar en mis estudios, y muy pronto iré yo tambien con mi hermano al teatro y á las demás diversiones adonde van las señoras.

—»Ya he concluido el pañuelo y siento una verdadera satisfaccion, pues todos me dicen que está muy bien bordado; la señora se ha puesto muy contenta y mamá me ha

dado muchos besos. Mañana me comprarán la muñeca.

—» Me voy á dormir despues de haber estudiado media hora más de lo de costumbre, pues la leccion de frances no la podia aprender; mas al fin la he aprendido. Esto consiste, sin duda, en que los estudios van siendo más difíciles; pero dicen que tengo buena imaginacion y talento; con que lo que falta, que es aplicacion, yo lo pondré de mi parte.

—» Ya he averiguado lo que es el talento, y sé que la imaginacion se puede desarrollar más ó ménos en las personas. Tambien sé que ambas cosas pueden servir lo mismo para el bien que para el mal: pido á Dios que si yo las poseo, me sirvan para el bien.

—» Al volver esta mañana á casa me he encontrado con la muñeca. ¡Qué bonita es! ¡Qué vestido de seda color rosa más precioso! Su cabellera es rubia y rizada, sus ojos azules; todos sus adornos son á cuál más bonitos, me ha gustado mucho y estoy muy contenta.

—» Me he entretenido demasiado jugando con la muñeca, y es preciso estudiar las lecciones, si es posible, en ménos tiempo, y si no acostarme más tarde. Procuraré no entretenerme otro dia.

—» He oido decir á un amigo de papá que no hay nadie feliz en este mundo. Pues yo soy muy dichosa: mis padres me quieren mucho, y mi hermano y cuantas personas me conocen; yo tambien les quiero á todos, no tengo ódio á nadie, tanto porque nadie me ha hecho mal, como porque mamá me dijo en una ocasion que no se debe querer ni desear mal ni aún á los que nos hagan los mayores daños.

—» He concluido de bordar un pañuelo para mamá, y cuando se le he dado me ha pagado con creces mi obra, pues he recibido de ella algunos besos y caricias más que los de costumbre. ¿Puede desear algo más una niña que tener á sus padres contentos y oir decir á los amigos y á la familia, aunque en voz baja, pero que una lo oye: «Esta es muy aplicada?»

—» Estoy disgustada. Una de mis mejores amigas de colegio se ha despedido de mí esta mañana, pues terminados ya sus estudios y perfeccionada en las labores, abandona nuestra compañía y sabe Dios cuándo nos volveremos á ver. Me es muy sensible la pérdida de una amiga.

—» Los exámenes se aproximan y es preciso estudiar mucho, ocuparse solamente de estudiar: por lo tanto, hoy guardo mi muñeca

y los juguetes, y suspendo todas mis distracciones para ocuparme solamente de los libros hasta después de haberme examinado.

—»He alcanzado el segundo premio y el primero se le han dado á mi amiguita Rosa, que es una niña muy aplicada y que tiene mucho talento; lo merecía y lo ha obtenido con justicia. Todas mis compañeras han recibido premio, ménos Antonia y Vicenta que son muy desaplicadas y nunca estudian ni se ocupan de la labor, aprovechando todos los momentos que pueden para jugar ó murmurar de las otras niñas. ¡Cómo las compadezco! ¡Qué será de ellas si no se aplican ni pierden la costumbre de hablar mal de las demás!

—»Este año será el último que iré al colegio; ya estoy terminando los estudios y perfeccionada en las labores. Sé coser, zurcir, bordar bastante bien, segun me ha dicho la señora. En el francés y piano también dicen que estoy muy adelantada, y tengo una letra inglesa bastante regular; también hago otras labores de adorno.

—»Tengo grandes deseos de no asistir más al colegio, porque dice mamá que entónce descansará mucho conmigo y que la ayudará

en todas las cosas de la casa. Algunas compañeras dicen que desean salir del colegio para ir muy elegantes, para no coser tanto y asistir todas las noches á las reuniones y bailes; ¡qué desgracias me parece que van á ser estas niñas cuando sean mujeres!

—»Cada día veo más próxima la salida del colegio. Mi mamá ha estado algo mala, y todas las amigas la aconsejan que no trabaje tanto, pudiendo ayudarla yo.

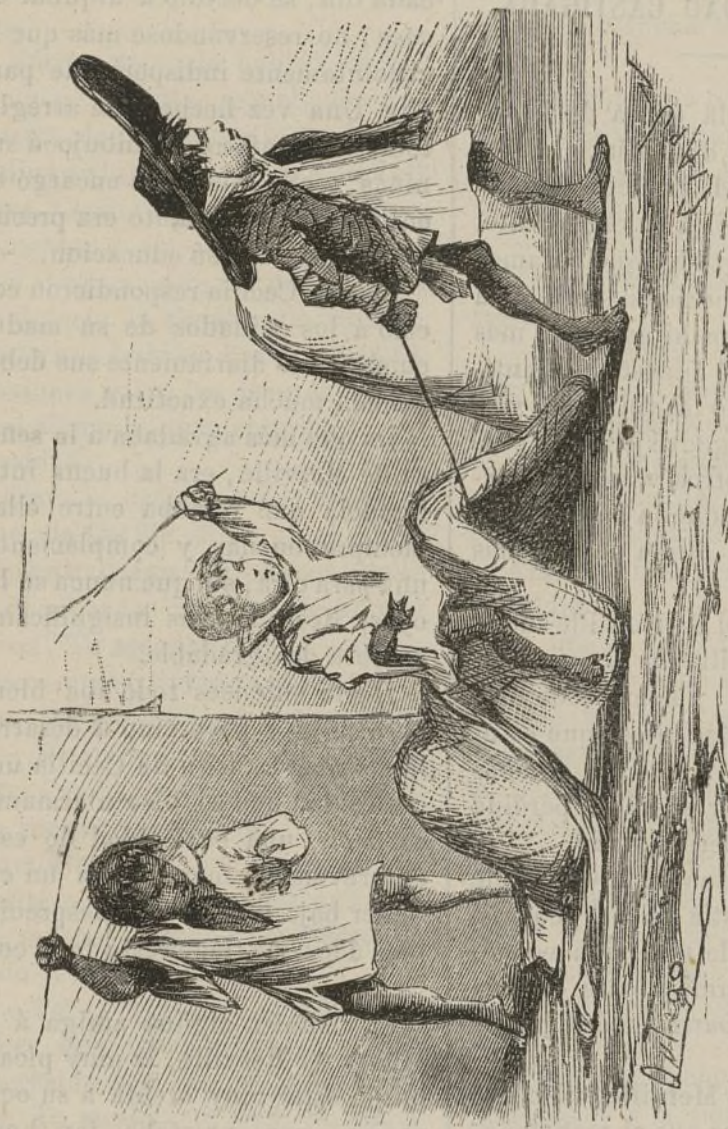
—»Soy casi una mujer, he salido esta tarde con mamá á tiendas y se habla en casa de vestirme de largo. ¡Cuánto deseo que llegue ese día!

—»Ya no voy al colegio; ayer me he despedido de la señora y de mis amigas y compañeras. Fui con mamá y no pude contener las lágrimas al salir del colegio; en medio de mi alegría siento alguna pena.

—»Me están haciendo el traje largo, empiezo á ser mujer, y por consiguiente es preciso guardar la muñeca y los juguetes.»

Hasta aquí he copiado del libro de memorias, porque me ha parecido lo más interesante para mis lectoras, pues las páginas que siguen á las que dejó copiadas corresponden á la mujer y no á la niña.

JUAN DE MATA FERNANDEZ.



Los chicos de la calle.

¡Bonita y delicada diversion !

LA CURIOSIDAD CASTIGADA.

En 1812, en la época de la desastrosa guerra de Rusia, el señor Merville, oficial frances, se vió obligado á seguir á su regimiento, que formaba parte de aquella famosa y célebre expedicion. Dejó á su mujer y á sus dos hijas con el más vivo pesar y el funesto presentimiento de que no las volveria á ver; presentimiento que se justificó, porque, así como otros valientes, perdió la vida en aquella comarca lejana y bajo un clima de los más rigurosos.

La muerte del Sr. Merville sumió á toda su familia en la más profunda afliccion, y sobre todo á su mujer y á sus dos hijas, que estuvieron mucho tiempo sin poderse consolar de la irreparable pérdida que habian experimentado.

Toda la fortuna de la señora de Merville consistia en un pequeño capital, fruto de una vida económica, y una hermosa casa situada en uno de los barrios más agradables de París.

La señora de Merville, viéndose sin más recursos que el mencionado, y calculando que la educacion de sus hijas, que ya empezaban á

ser grandecitas, la costaria más cada dia, se decidió á alquilar su casa, no reservándose más que lo absolutamente indispensable para ella. Una vez hecho este arreglo, tomó un profesor de dibujo á sus niñas, y ella misma se encargó de enseñarlas todo cuanto era preciso para completar su educacion.

Clara y Cecilia respondieron con celo á los cuidados de su madre, cumpliendo diariamente sus deberes con mucha exactitud.

Lo que más agradaba á la señora de Merville, era la buena inteligencia que reinaba entre ellas. Siempre buenas y complacientes una para otra, sin que nunca se las oyese decir la más insignificante palabra desagradable.

Hasta entónces todo iba bien; pero poco á poco vino á desarrollarse en el espíritu de Cecilia una curiosidad que se hizo alarmante, es decir, una curiosidad de esas que revelan generalmente un carácter bajo y que hace despreciables á los que tienen esta fatal costumbre.

Si visitaba alguna amiga á la señora de Merville, la muy pícara fingia estar muy atenta á su ocupacion, pero prestaba tan buen oido á la conversacion que no perdía una sola palabra de lo que se

decía, aunque hablasen á media voz.

Várias veces la habian encontrado de puntillas escuchando á la puerta de los inquilinos, lo que obligó á algunos de ellos á dejar la casa. Cecilia fué reprendida severamente, y su madre la aseguró que si no se corregía de tan odioso defecto la alejaría de su lado, hasta que hubiese hecho serías reflexiones sobre las desgracias que casi siempre lleva consigo la curiosidad.

Clara la decía muchas veces:—Querida Cecilia, dime, ¿qué placer puedes hallar en atormentarte tanto para saber los negocios de unos y otros? Te aseguro que no concibo cómo puede interesarte tanto lo que nada tiene que ver contigo.

—Me sirve de diversion, contestaba Cecilia, y cuando sorprende un secreto, sobre todo, siendo de alguna persona que parece querer ocultármelo porque desconfía de mí, mi mayor gozo es contárselo á todo el mundo.

—Pero, querida hermana, no sabes que puedes causar graves disgustos con ese peligroso placer. Te suplico te fijas en eso y pierdas esa costumbre.

—¡Vaya, vaya! porque tengas cuatro años más que yo quieres

moralizarme? En vez de sermonearme, escucha lo que voy á decirte:

He sabido una cosa muy grave, dijo Cecilia con aire misterioso: apuesto cualquier cosa á que no lo aciertas.

—Poco me importa, contestó Clara; ya sabes que yo no soy curiosa.

—No importa, quiero que lo sepas. Y en seguida empezó á decirlo muy deprisa para que su hermana no tuviese tiempo de interrumpirla. Alfonso ha vuelto, ha desertado, le he visto y oído hablar en casa de su madre, donde está escondido.

La madre de Alfonso era una viuda que no tenía más esperanzas que ese hijo, el cual no pudiendo soportar la idea de que su madre, al perder su apoyo, se hallaba completamente abandonada y sin recursos, había vuelto á su lado hacía algunos días, y pintaba para comer oculto en una habitación.

—¡Desgraciada! ¿qué has hecho? ¿pero se lo has dicho á alguien?

—No lo he dicho más que á dos personas y á la portera; pero lo que es ésta vale por cuatro.

—Le has perdido, dijo Clara, pues de hijo no tardarán mucho en

denunciarle, porque el secreto está en malas manos. ¡Pobre Alfonso, si yo pudiera contener todas esas lenguas!

Iba á hablar á su madre para ver si ésta podía remediar la indiscrecion de su hermana, si aún era tiempo, cuando se oyeron gritos desgarradores en la escalera: «¡Mi hijo, decian, dejadme á mi hijo!»

Las dos hermanas salieron del gabinete donde estaban: todos los vecinos acudieron, y vieron al pobre Alfonso con las manos atadas, conducido por gendarmes, y á su madre con los cabellos en desorden, entregada á una frenética desesperacion, haciendo inútiles esfuerzos para que no se le llevaran.

A pesar de su defecto, Cecilia tenía buen corazon: se entristeció viendo la suerte del desgraciado Alfonso, y no pudiendo soportar el triste espectáculo de aquella dolorosa escena, se retiró inmediatamente á su cuarto.

La señora de Merville ignoraba la intervencion que tenía Cecilia en aquella desgracia: su hija mayor se lo dijo, no pudiendo dejarlo oculto por más tiempo, pues tal vez se lo hubieran dicho otras personas sin precaucion alguna.

Ya comprendéis, hijos míos, cua-

les serian las reconvenciones que la pobre Cecilia tuvo que oír de su madre, que se vió precisada á ponerla en un colegio para sustraerla al encono de la madre de Alfonso, que la había amenazado con hacerla pagar caro la prision de su hijo.

Este triste suceso no corrigió á Cecilia completamente. Se había propuesto no descubrir á nadie lo que su curiosidad la revelase; pero continuó espiando las acciones de los demas, hasta que ella misma fué víctima de su detestable defecto.

Apénas entró en el colegio, todas las personas notaron esa costumbre. Para contrariarla, sus compañeras se divertían en esconderse hasta para las cosas más pequeñas. En cuanto veían que se acercaba al grupo donde ellas estaban, empezaban á hacerse signos de inteligencia y á ponerse el dedo delante de la boca como para recomendarse el silencio. Un día varias colegialas se habían encerrado en un cuarto para trabajar en una labor de tapicería que destinaban á su profesora y no querían enseñar á Cecilia; ésta, siguiendo su costumbre, trató de descubrir dónde estaban y en qué se ocupaban. Habiéndolo descubierto, se fué á escuchar á la puerta, y que-

riendo tambien saber lo que hacian se puso á mirar por la cerradura. Una de las colegialas lo notó, se puso cuidadosamente á uno de los lados de la puerta, sin dar cuenta á sus compañeras de su proyecto, y con un punzon que tenía en la mano y que introdujo por la cerradura cuando estaba mirando Cecilia, tuvo la mala suerte de revéntarla un ojo. La niña queria solamente asustarla y reirse de ella; pero la broma se cambió en un verdadero sentimiento, que la hizo deplorar toda su vida el haber sido la causa de la desgracia de su compañera.

La señora de Merville, al saber este triste accidente, llamó á su lado á su hija para prestarla sus cuidados, la dió todos los remedios imaginables, todo fué inútil: quedó tuerta y fea, por la deformidad de su ojo que engruesó mucho y formó un contraste muy notable con el otro.

Cecilia se corrigió del todo; ¿pero á qué precio? Convidó conmi-go, hijos míos, en que esta última leccion la salió bastante cara.

Cecilia se reconcilió con la madre de Alfonso é hizo todo lo posible, como lo habian hecho su madre y su hermana durante su ausencia, para serla útil y agradable.

En una palabra, se condujo con tanta delicadeza con la señora Duchamps, que la pobre madre olvidó que la habia privado de su hijo.

La señora Duchamps recibia con frecuencia noticias de Alfonso, que se había unido á su bandera tan pronto como se separó de su madre. Un hermoso dia de los primeros de Enero recibió como agui-naldo una carta en que se la anunciaba que su hijo habia sido promovido á capitán y condecorado con la cruz de honor.

Cecilia, al saber esta buena noticia, la dijo: «Si yo os he causado perjuicio, en cambio os he proporcionado algun bien: permitidme que os felicite de ello.»

La señora Duchamps la abrazó diciéndola: «Mi querida hija, lo he olvidado todo, se perdona muy fácilmente cuando es uno dichoso.»

Tres meses despues Alfonso recibió una ligera herida que le valió su licencia; volvió loco de contento al lado de su madre, que nunca le habló de la indiscrecion de Cecilia.

Tomó de nuevo sus pinceles y fué un distinguido pintor. Habiendo notado la buena educacion y la amabilidad de Clara, rogó á la señora de Merville le concediera su mano, la cual no le fué rehusada.

Respecto á Cecilia, su funesto accidente la habia desfigurado tanto que nadie pensó en casarse con ella. El recuerdo de todo lo que la habia sucedido la volvió triste y melancólica; aunque se corrigió, no pudo evitar los remordimientos que la atormentaron toda su vida.

Tales fueron los resultados de su indiscreta curiosidad.

CELINA LA BURLONA.

El señor de Cazalla y su esposa, queriendo dar una brillante educación á su hija, abandonaron la provincia de su naturaleza para establecerse en Madrid, y compraron un elegante hotel del barrio de Salamanca, rodeándose de todo el lujo que puede proporcionar una inmensa fortuna.

Bien pronto recibieron en su casa á las personas más distinguidas de la capital y dieron á su hija Celina toda clase de maestros, pero esta era una niña muy mimada, sumamente engreída con el éxito que obtenia en sus estudios, y sobre todo con la fortuna de sus padres.

Es preciso convenir en que Celina aprendia perfectamente cuanto

emprendia; se aplicaba principalmente á la música y la pintura, y todo permitia creer que habia de brillar en estas dos artes, gracias al talento de los profesores que habian elegido.

Entre las personas admitidas en la sociedad del señor Cazalla, habia, como en todas partes, algunas adulatoras que, creyendo hacer la corte á los padres de Celina, no cesaban de alabarla más de lo que merecian sus talentos y su belleza, lo cual acabó por trastornarla completamente. Estaba tan persuadida de su mérito y sus perfecciones que no veia en las demas más que ridiculeces, contrayendo de este modo la funesta costumbre de burlarse de todo el mundo. No respetaba á nadie en sus burlas, y ni sus padres ni los amigos de éstos, ni sus amigas y criados de la casa se veian libres de sus chanzas.

Cuande estaba con sus amigas nunca se cansaba de criticar sus vestidos y todo cuanto llevaban. «¡Dios mio! decia á la una riéndose á carcajadas, ¿quién te ha hecho ese vestido? Te hace parecer jorobada; tiene todo el talle torcido, de fijo que no debe ser una buena modista la tuya; es sin duda alguna chapucera muy tronada; y recalca estas últimas pa-

labras. A otra solia decirle : ¿ Pero dime, hija mia ; dónde has comprado ese sombrero ? parece que hace ya dos años que le llevas, yo creo que le has equivocado y te has puesto el de tu abuela en vez del tuyo. Y en seguida empezaba á reirse. — De tal modo las cansó con sus burlas, que todas se alejaron de ella.

No teniendo ya amigas de quienes burlarse, la emprendió con los criados, y sobre todo con una mujer que era muy útil en la casa, pues estaba para vigilar á los criados y era muy honrada. Esta infeliz tenía la desgracia de ser tuer-ta : siempre que Celina la encontraba á su paso yendo ó viniendo se reia en sus narices cerrándose un ojo con los dedos. Lo cual equivalia á decir : me rio de la desgracia de V.

Esta pobre mujer, cansada de las burlas de Celina, pidió su cuenta á la señora de Cazalla, bajo pretexto de su poca salud, y se retiró. Otros dos criados siguieron el ejemplo del ama de llaves, diciendo que no querian exponerse á ser el juguete de una niña.

Celina habia puesto nombres ridículos á todos sus profesores, y de quien más se burlaba era del de pintura, porque éste tenía la des-

gracia de ser contrahecho. Sus dos piernas se doblaban hácia la derecha, y su cuerpo se inclinaba hácia la izquierda, lo cual la dió la idea de llamarle el señor Garabato. Al principio no se atrevia á pronunciar este nombre más que por lo bajo, despues le repetia un poco más alto y sonriendo, y por último le dijo de modo que la pudiese oir, pero el profesor hizo como si no lo hubiese oido. Un dia que, como de costumbre, venia á darle su leccion, y subia, como era natural, con trabajo la escalera porque tenía mucha debilidad en las piernas, Celina, que estaba en el descanso de la escalera con su doncella, al verle dijo á ésta en alta voz : Mira, mira, repara cómo el señor Garabato está hoy más torcido que otros dias. Al oir esto, el profesor la miró con aire grave, y la dijo : Señorita, aconsejo á V. abandone la pintura, pues para obtener un éxito lisonjero en este arte es preciso tener un corazon más sensible que el suyo, pues sus cuadros carecerian de alma y fisonomía. Busque V. otro profesor, y haga V. por corregirse de un defecto que la hará tener muchos enemigos en este mundo.

Celina quedó cortada, pero no por eso se corrigió. Sus padres no

tardaron en saber lo que habia sucedido con su hija y el artista, así como lo de sus amigas y criados, lo que les causó un gran pesar. Celina fué reprendida y castigada; prometió enmendarse; pero no cumplió su palabra.

Algun tiempo despues de lo ocurrido con el profesor de pintura (era el mes de Enero), vino á visitar á los padres de Celina una señora de mucho mérito. Nuestra burlona empezó á mirarla con suma atencion, pareciendo querer analizar su traje. Como hacía mucho frio y la señora en cuestion no era muy jóven, llevaba un vestido de bastante abrigo, más cómodo que elegante, un sombrero por el mismo estilo y un gaban muy entretelado pero que no tenia el mérito de ser de moda.

Cuando esta señora notó lo atentamente que la miraba Celina, la dijo: «¿Podrias decirme, hija mia, qué piensas al mirarme de ese modo?» Nuestra burlona soltó la carcajada diciendo: «Pensaba señora, en que se parece V. á la princesa Micomicona del *Quijote*.»

La señora se sonrió sin quejarse de aquella falta de educacion, pensando únicamente para sí que la señorita de Cazalla estaba muy mal educada.

Pero su padre la mandó salir imperiosamente de la sala, conduciéndola él mismo hasta la puerta: en cuanto la señora hubo terminado su visita, la hizo llamar para decirla preparase todo y estuviese dispuesta al dia siguiente para abandonar la casa por dos años. Por más que Celina rogó y suplicó á su padre la perdonase, prometiéndole corregirse, éste fué inflexible, y la llevó conforme habia dicho, no á uno de esos elegantes colegios que hay en Madrid (pues hubiera sido satisfacer su orgullo), sino á uno muy modesto, destinado á las hijas de los artesanos y sostenido por la caridad.

Al entrar en el colegio la hicieron quitarse el elegante trage que llevaba, para reemplazarle con el que usaban las colegialas y que consistia en un vestido de sarga gris; en vez de su elegante sombrero, la dieron una gorrita de muselina, cuyas guarniciones la llegaban hasta las narices, y su calzado eran unos zapatos muy fuertes.

Hacia dos dias que estaba en el colegio, cuando por la tarde vino su padre á buscarla para llevarla de paseo con su nuevo traje en uno de los carruages más elegantes que tenía. La hizo atravesar

todas las calles más concurridas de Madrid, y la llevó al Retiro y á la Castellana á la hora del paseo.

Celina comprendió que su padre queria someterla á la cruel prueba que habia hecho padecer á los demas, es decir, que fuera objeto de las burlas de todos.

En efecto, en cuanto dieron dos pasos todo el mundo examinaba con curiosidad el contraste que hacia al lado de su padre, y encontraban muy raro que una niña tan mal vestida fuese en un carruaje tan lucido rodeada de lacayos con libreas tan elegantes.

«¡ Calle! decia un mozo, señalándola con el dedo, á un limpia botas, ¿adónde irá esa vendedora de fósforos? ¡qué satisfecha estará de ir en semejante coche!—Qué extraño me parece, decia una trapeera, ver á una fregona en ese carruaje.» Al oir todas estas exclamaciones, Celina bajaba la cabeza sin pronunciar palabra. ¡Ah! decia para sí, bien merezco cuanto estoy sufriendo; creo que jamas volveré á burlarme de nadie, pues ahora sé por experiencia lo penoso que es.

Pero aún no habia llegado al término de su suplicio.

Al llegar al Retiro aperebió á várias de sus amigas, y precisamente aquellas de quienes más se habia burlado. En seguida pidió perdon á su padre y le rogó la condujese al colegio; pero el señor de Cazalla, no queriendo fuese perdida la leccion, prolongó el paseo media hora más.

Celina tuvo el sentimiento de ver á todas las personas que ella conocia reirse en su cara al verla vestida de aquel modo.

Por fin tomaron el camino del colegio, y el señor de Cazalla dijo á la directora: «No volveré á ver á mi hija hasta que V. me escriba que se ha corregido completamente.

— Ya lo estoy, dijo Celina, he sufrido demasiado para no estarlo. Reconozco mi falta. ¡Oh! si hubiese escuchado los consejos de mi buena madre, cuando me hablaba de Dios. ¡Cuán léjos estoy de la caridad del divino Salvador, cuya bondad hácia nosotros me ha hecho ver tantas veces!



El buen pastor.

Ayuntamiento de Madrid



Ad Goubaud & Fils Ed^{rs} Paris

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA
MADRID — *Administración de los Niños*

Ayuntamiento de Madrid





La buena pastorecita.

Ayuntamiento de Madrid

AVENTURAS DE UN DISTRAIDO.

La distraccion entre las personas mayores es resultado de alguna profunda meditacion que, absorbiendo todo nuestro entendimiento, nos impide prestar á las acciones ordinarias de la vida la atencion suficiente para distinguir las, entregándose á ellas sin confusion y sin error. Otras veces es debida á un vicio que proviene de una gran movilidad en las ideas, que haciendo que nos ocupemos de muchas á la vez, tomamos frecuentemente unas por otras. Entre los niños la distraccion es un aturdimiento que les hace incapaces de reflexiones.

Yo he oido decir, y aún he leído, que las personas distraidas son, por lo general, de mucho talento; pero no lo creo. La distraccion, aunque no excluya el entendimiento, está muy lejos de suponerle. De todos modos, amiguitos, voy á contaros la historia de Tomás Tarambana, el muchacho más distraido de todo Madrid, y al que sólo quiero señalar con el mote que le pusieron sus compañeros y vecinos. Como espero que se corregirá, no quiero declarar su apelli-

do de familia á los que no le conocen, y que se reirian de él si le conociesen. Comienzo mi historia.

Tomás Tarambana es un muchacho bueno y robusto, de diez años de edad, y pertenece á una honrada familia. Su padre exige de él que se levante muy temprano, y así es que á las seis en punto va la criada todas las mañanas á despertarle desde la puerta de la escalera que conduce á su cuarto, y le grita:

—Señor Tarambana...—¡Ola, eh! caballero, ¿qué se ofrece? responde Tomás frotándose los ojos. —Aquí no hay ningun caballero; yo soy, que vengo á decir á V. que se levante, que son las seis en punto. —¿Quién te lo ha dicho? —Nadie más que el reloj. —¿Y cómo está? —¿Quién, el reloj? —No, mi mamá. —Sin novedad. — Tanto peor. —¿Tanto peor que mamá esté buena? —¡Oh! no, que sean ya las seis y tenga que levantarme.

Concluido este diálogo, la criada se retira, y Tarambana, olvidando lo que acaba de pasar, se queda sentado sobre la cama, y al ver las moscas que hay sobre las cortinas cree que son manchas de tinta; visto que no se menean llama á la criada para saber quién ha manchado de aquel modo sus blan-

cas cortinas : — ¡Justina, Justina! — Señor, responde la criada. — ¿Quién ha echado tinta en mis cortinas? — ¿Pues qué, la hay? — ¿Que si la hay? tres, cuatro, doce, quince manchas; vén á verlas. — La criada sube, y al descorrer las cortinas hace volar á las moscas. — Calla, calla, las manchas de tinta vuelan. — Si son moscas. — Es verdad, tienes razon; mira aquí una en mi mano izquierda; voy á matarla. Y Tarambana se da una gran palmada con la mano derecha, quedándose admirado de que la mosca no haya caído con el golpe, porque la mosca es una mancha de tinta. La criada se marcha riendo como una loca, y encargando á Tarambana que se levante pronto, le deja sobre la mesa una taza de leche que toma todas las mañanas. Mientras que la leche se enfria, Tarambana se viste ó trata de vestirse; pero como está pensando en otra cosa, todo lo hace al revés; agarra la casaquilla en vez del pantalon y mete las piernas por las mangas, y al ver que no pueden entrar, exclama admirado: «¡Cuanto han engordado mis piernas desde ayer que me entraba el pantalon con tanta facilidad!» Hace esfuerzos, tira una, dos y tres veces, se pone más encar-

nado que un pavo, tira con más fuerza, y al fin la manga revienta.

«Gracias á Dios que ha entrado, dice Tarambana, se ha rasgado; pero sírvame ahora para bajar, que luégo mamá me dará otro. Ahora pongámonos la casaquilla; y agarrando el pantalon se admiró de que los brazos entrasen tan fácilmente. «¡Calla! exclamó, ¡cuánto han disminuido mis brazos desde ayer! ántes tanto trabajo para meterles, y ahora entran como si fuese en un saco de harina. «Vaya, poco me importa, con tal que logre vestirme.» En esto oyó la voz de su padre que decía: «Tomás, Tomás, que se va haciendo tarde y no sabes la leccion, mira que me voy á enfadar.» Tomás, que temia y amaba á su padre, se apresuró á vestirse, pero con tal precipitacion que añadida á su distraccion natural, aumentó la ridiculez de su traje.

Se puso una toalla por corbatin, y agarrando el pañuelo del cuello, creyendo fuese la toalla, empapó una punta en la taza de leche y se lavó la cara con ella. Hecho esto, echó mano á otro cacharro que estaba sobre la silla, creyendo fuese la taza de leche; pero gracias que lo reconoció á tiempo oportuno. «Tomás, Tomás.

—Ya bajo, papá, al instante voy. ¡Ah! Dios mío, ¿dónde está mi gorra? vamos, ya la encontré», y agarrando una papalina de su madre se la encaja en la cabeza.

Tarambana busca sus zapatillas de piel, y creyendo ver una en el suelo hace esfuerzos para entrar el pié, pero la supuesta zapatilla se agita y dice: «*miau, miau, miau*», porque era un gato que le araña las piernas, y echa á correr. Tarambana, siguiéndole, llega al cuarto de sus padres, y entra para abrazarles y darles los buenos días, pero su padre le toma en brazos, y colocándole delante de un espejo le dice: «Mira, mira y dime el nombre de ese aturdido. — Es el gato, exclama Tarambana, que siente el dolor de los arañazos».

Después de haberle vestido convenientemente, su padre le envió por los libros diciéndole: «Vas á estudiar la lección, y cuando la sepas yo te la tomaré.» Pero Tarambana en lugar de traer un libro trajo una esfera del gabinete de su padre. Al fin trajo las fábulas de Samaniego, y sentándose junto á una mesa se pone á estudiar como un cuarto de hora, durante el cual abrió una caja de obleas y se las estuvo comiendo una á una; creyendo fuesen pastillas.

«Papá ya me sé la lección.—Vamos á ver, venga el libro y empieza, amigo mío.—Allá voy, responde Tarambana, pero como está pensando en otra cosa, dice:

«Llevaba en la cabeza...

Muy cargado de leña un burro viejo...

Sin duda alguna que se hubiera ahogado...

Con las plumas de un pato...

Un maldito gorrión así decía...

Y á las once y aún más de la mañana...

Cantaba la cigarra...

—¿Qué diablos me cantas tú?— Yo no canto papá, ¡si digo la lección! Estás pensando en otra cosa, Tomás; eres un distraído, saltas de un verso de una fábula á otro de otra; eres un atolondrado que me darás mucho que sentir.» Tomás, viendo á su papá enfadado, tomó una buena resolución, y recitó un par de fábulas de seguida. Su papá le abrazó recomendándole la atención, pero aquello no podía durar. Cuando la criada fué á avisarle de que había venido el maestro de música, le encontró en el jardinito plantando árboles de un modo muy singular, las hojas bajo la tierra y las raíces al aire libre. Mientras que el maestro busca en el libro el trozo de música que corresponde, Tarambana frota las cuerdas del violín con el arco, pero por el lado de la madera, que-

dándose muy admirado de que no resulte sonido, y al fin hace saltar una de las cuerdas. Remediado este incidente y buscada la lección del día, que era un bonito rigodon, dijo el maestro que le acompañaba con su violín: «Vamos á ver... á una.» Pero Tarambana, que es muy dócil, tocó el «*Mambrú se fué á la guerra.*» Luego en el solfeo equivocó un *si* por un *re* y un *sol* por un *mi*. Al maestro de música sucedió el de dibujo, que le mandó copiarse un ojo. «Al instante», respondió Tarambana, y en efecto dibujó... un monigote sin ojos, pero con grandes narices y pipa en la boca.

Llega la hora de comer, y Tarambana coge con el tenedor la sopa muy caldosa, y agarra la carne con la cuchara. Por tomar el vaso del agua agarra la vinagrera, y hace un gesto horrible al llevarlo á los labios.

Le sirven algunos sesos fritos, y creyendo que es cosa de fruta, los agarra y se los guarda en el bolsillo. De los espárragos come lo blanco y deja lo verde. ¡Pobre Tarambana! Sus padres rien alguna vez, pero luego se enfadan, y la buena madre llora por tener un hijo tan distraído.

Por la tarde le llevaron á dar un

paseo, pero como ya tiene diez años y no necesita que le lleven agarrado de la mano, la criada se sentó en un banco de piedra, dejándole que corretease por allí, después de haberle encargado que no se alejase mucho. Está bien, *amigo mio*, responde Tarambana, reuniéndose á jugar con otros niños, pero como está distraído, lo embrolla todo y no sabe lo que se hace: si corre va á dar de hocicos contra un árbol, y si juega á la pelota va á dar con los anteojos de un miope y se los rompe. Cuando se despide de sus compañeros equivoca los sombreros, y ó bien coge uno que se le queda en lo alto de la cabeza como un solideo de cura, ú otro que le baja hasta la barba. Si ya os he dicho que es el muchacho más distraído de todo Madrid. Fatigado de jugar, se enjuga el sudor de su frente con una punta del pañuelo de una señora que encuentra á su lado, y al querer sentarse lo ejecuta bruscamente encima de una pobre vieja que tenía un perrillo sobre las rodillas; la vieja alza el grito, el perrillo ladra y muerde á Tarambana, que corre como si estuviera loco.

Ya que se tranquilizó, se paró delante del estanque, y como el agua estaba tan tranquila que pa-

recia un mármol, creyó estaba helado y dice: «Ea, voy á correr patines.» Y sin más ni más, se tira sobre el hielo, pero se hunde hasta las narices, y de buena ó mala gana toma un par de sorbos de aquella agua salada y turbia, por haberse agitado el fondo con la caída de Tarambana. Éste se levantó estupefacto, con los ojos cerrados y la boca abierta. Acudieron su criada y varios curiosos, y sacaron á Tarambana del estanque con los cabellos pegados á la frente, y chorreando agua por todas partes, que parecía una regadera ambulante. Le llevaron á casa entre una multitud de curiosos que se reían, y señalándole con el dedo decían: «No se ha visto cabeza más desorganizada que la de ese chico.»

Al llegar á casa le desnudaron, enjugaron y metieron en la cama, siempre pensando en otra cosa, pues preguntaba por qué hacían aquello. Apenas se había metido en la cama, cuando apagó la luz y empezó á dar voces: «Justina, Justina.» Acudió la criada diciendo: «¿Qué le sucede á V.? — Que no has puesto almohada en la cama, y que está hoy mucho más chica que ayer.—Vaya, siempre será alguna de las que V. acostumbra.» Subió con una palmatoria en la mano y

encontró á Tarambana tendido en la cama, sí, pero no á lo largo sino á lo ancho. En fin, Tarambana se durmió, y aquí concluye mi historia.

Buenas noches, señor Tarambana, buenas noches, dormid bien y corregios de vuestra distraccion. No teneis mala índole, señor Tarambana, no, ciertamente, amais á vuestros padres, respetais á vuestros maestros, y cuando encontrais algun pobre le dais parte de vuestro dinerillo. Esto está bien, señor Tarambana, pero si continuais no prestando atencion á lo que haceis y siendo tan distraido, se burlarán de vos en el mundo, y seréis harto infeliz. Ahora que es tiempo, adoptad el método de preguntaros frecuentemente. ¿Qué es lo que voy hacer ahora? ¿Qué es lo que me han mandado? ¿De que se trata? Y reñediaréis vuestra distraccion. Si así lo haceis, seréis un muchacho recomendable; yo os lo aseguro. Buenas noches, dormid bien, señor Tarambana.

J. M. BALLESTEROS.

EDUCACION DEL CORAZON.

El maestro debe cuidar mucho del desarrollo y direccion del juicio de sus discípulos. Para cultivarle, les presentará las cosas en su verdadero punto de vista, evitará las reticencias, prevendrá los errores y fortificará en su corazon, con ejemplos históricos, el amor á la verdad y el horror á la mentira. Les acostumbra á someterse á las inspi-

raciones de su conciencia, ó lo que es lo mismo, su recto juicio, á despecho de la sensualidad y de los demas intereses contrarios.

Les hará ver palpablemente que el entendimiento no se engaña, admitiendo la existencia de una causa primera de las cosas, de un moderador del Universo, de un legislador del género humano, les mostrará en todas partes la mano de Dios, padre de las luces y manantial de toda perfectibilidad.



La Cruz.

Siempre que paseis por delante de una cruz, dad gracias á Dios. La Cruz significa la redencion de los hombres y el perdon de sus pecados.

LA ZORRA.

He aquí un perro ménos terrible que el lobo, porque es ménos fuerte; pero no ménos funesto para los campos. Buffon le describe en los siguientes términos: «La zorra es notable por sus astucias, y merece en parte su reputacion; lo que el lobo hace por la fuerza, ella lo consigue por medio de la habilidad, y sale con frecuencia bien de sus empresas. Sin necesidad de combatir á los perros y á los pastores, está segura de vivir. Emplea mas ingenio que movimiento; sus recursos están en sí misma, y, como es sabido, nunca le faltan. Tan astuta como circumspecta, ingeniosa y prudente hasta la paciencia, varía de conducta y tiene reservados medios que emplea convenientemente. Cuida de cerca de su conservacion; aunque infatigable y más ligera que el lobo, no se fia enteramente en la velocidad de su carrera y sabe ponerse á salvo, practicándose un asilo adonde se retira en los grandes peligros, donde se establece, donde cuida de sus hijuelos. No es animal vagabundo, sino animal domiciliado.

»La zorra está, pues, llena de ha-

bilidad y sutileza, y su físico anuncia su carácter. Tiene la cara fina, la cabeza baja, el cuello tendido, el paso ligero y tímido; su cola llega hasta el suelo, que apenas tocan sus piés; casi se arrastra para mejor ocultarse. Tiene el hocico afilado y las orejas derechas y puntiagudas. Su longitud ordinaria es de sesenta y cinco centímetros, su altura de treinta y ocho centímetros. Su pelo largo y espeso es de un color leonado más ó ménos subido. La boca, la punta de la cola y una raya longitudinal que tiene en los piés son blancas y el vientre ceniciento. Como el gato, tiene el instinto de enterrar sus excrementos, pues como animal de caza y de astucia necesita disimular su presencia y sus pasos; el olor de su cuerpo es muy fuerte; el de sus excrementos insupportable; esto la descubriría, y trata de hacer desaparecer estas señales. La zorra se cava su cueva y á veces se apodera de la del conejo y la agranda; prefiere los terrenos más ocultos, y suele habitar entre las rocas ó debajo de algun árbol grande. Tambien suele hacer una galería estrecha bajo tierra, que se extiende á veces á largas distancias, y acostumbra á darla várias salidas. Despues que ha fi-

jado su domicilio, pasa algunas noches recorriendo los alrededores, reconociendo los caseríos, los corrales, etc., y durante la noche es cuando caza y hace la guerra. La zorra es hábil y prudente, se escurre en silencio guiada por su olfato y por el conocimiento que ha tomado ya del terreno; penetra en los corrales, cuyas paredes escala con una ligereza extremada; mata despues todas las aves y se las lleva una á una. La luz ó el ruido más insignificante la detienen en sus expediciones. Si en su carrera encuentra una liebre metida en su conejera ó una perdiz en un surco, se acerca poco á poco arrastrándose, y se abalanza de pronto. Este animal añade la paciencia á la agilidad, y si ve salir un conejo al amanecer para pastar, no le persigue, le espera y se apodera de él cuando vuelve. Se adelanta al cazador de pájaros y visita sus lazos y sus redes cogiendo la caza; se apodera de todo y no se contenta con satisfacer su apetito, pues esconde lo sobrante. Si encuentra una colmena logra apoderarse de la miel, que es muy de su agrado; come la uva, y, á falta de otra cosa, los topos, el turon, los murciélagos, los abejorros y los saltamontes. Es un ladron hábil pero sin

valor; huye y no quiere combatir, y hasta el último extremo no se decide á defenderse. Sin embargo, la zorra arrostra todos los peligros por defender á sus hijuelos, á quienes cuida con mucha ternura, yendo con el padre de caza para reunir alrededor del nido abundantes provisiones. La zorra lanza una especie de ladrido precipitado, y al fin del aullido un grito más fuerte, bastante parecido al del pavo real. Tiene ademas muchos acentos; el de la caza, el del deseo, el tono plañidero de la tristeza, el grito del dolor, que no deja escuchar más que cuando recibe una gran herida. Si se la obliga, se deja matar á palos sin quejarse, pero cuando se defiende lo hace hasta el último momento. En Inglaterra los buenos jinetes la cazan á latigazos, haciendo salvar á sus caballos todos los obstáculos, los fosos y las murallas; la persiguen á rienda suelta, recorriendo grandes distancias y golpeándola cuando la alcanzan. Este ejercicio es uno de los placeres de los caballeros ingleses.

»La zorra está muy extendida en Europa, Asia, África y en América septentrional; su carne, de fuerte olor, no es un buen manjar. En algunos países se la pone al sereno

y se dice que en seguida pierde su sabor desagradable. La piel de los zorros viejos es un buen abrigo.

ce en el comercio con el nombre de zorro azul. Su pelo es más suave que el del zorro común, es blanco



¡ Apenas va hueco con su tambor y su nacimiento !

En el Norte, en Rusia, se encuentra un animal muy parecido al zorro, se le llama isátis y se le cono-

ce en el comercio con el nombre de zorro azul. Su pelo es más suave que el del zorro común, es blanco

desembocan escogiendo los puntos más descubiertos de la Noruega, de la Laponia y de la Siberia; tam-

»Se caza la zorra ya en los llanos con lebreles, con perros corredores ó con zarceros, ya en su misma



Aquí teneis dos ejemplares de los niños que estos dias de Navidad han aturrido á Madrid con sus tambores.

bien se encuentra en Islandia y en la Rusia Americana; la piel del isátis es bastante buscada.

cueva y con los zarceros, ó bien ahumándola despues de haber tapado bien todas las salidas que

pueda tener. En el campo se la puede hacer una guerra mucho más tenaz y segura con lazos ó trampas, donde se la atrae á pesar de toda su astucia, valiéndose de aves atadas á las que se hace gritar.»

EL MANIQUÍ.

Era una mañana de uno de aquellos dias de invierno en que, á pesar de que el frio se hace sentir con rigor, el sol viene á herir con sus rayos los tejados y chimeneas cubiertos de hielo. Ya hacía tiempo que circulaban muchas personas por las calles de Dublin, y algunos muchachos corrian patines con pié atrevido sobre la lustrosa y trabada superficie de los arroyos helados. Por todas partes se notaba la agitacion [que reina en las grandes ciudades, todo estaba animado, sólo la molicié no habia dejado aún sus blandas plumas.

En una pieza elegantemente amueblada, una jóven, cubierta con un peinador de batista fina y bordada, esperaba que su doncella acabase de trenzar su largo cabello. Así que esta operacion estuvo concluida, pasó á sentarse en

un sofá para continuar su tarea de bordado. La seda manejada por sus dedos, hacía aparecer sobre el bastidor frescas y brillantes flores, que se unian, se multiplicaban, igualando con su brillo y sus colores á las más lozanas de nuestros jardines. Miétras formaba margaritas y rosas, se vino á la imaginacion de la jóven el baile de la víspera, y todavía le parecia tener ante sus ojos aquellas numerosas arañas, que se reflejaban en los espaciosos espejos, las joyas de brillantes que lanzaban sus destellos sobre las graciosas cabezas de aquellas jóvenes *lady's*, á quienes sin embargo habia tenido la gloria de eclipsar. Mas de improviso una idea sombría borró tan risueñas imágenes, porque se acordó de sus hijos, aquellas pobres criaturas que no habia podido conservar más que hasta los dos años, y se preguntaba la causa de esta pérdida, de esta languidez que minaba soradamente su existencia, siendo así que los habia confiado el celo de una nodriza vigilante, á la que por premio de sus fatigas conservaba en la casa. Todavía la queda un hijo y se estremece al pensar que su fin puede estar muy próximo..... Ya los colores de la salud se marchitan en su rostro,

ya..... pero la aguja se cae de las manos de la jóven, las lágrimas han abierto camino por entre sus negros y largos párpados, y hubiera permanecido mucho tiempo en esta profunda actitud si no hubiera sentido dos bracitos que rodeaban su blanco y gracioso cuello. Levantó la cabeza y vió cerca de sí á la nodriza, que tenía en los brazos al niño; la madre le estrechó contra su corazón, imprimiendo muchos besos en la frente y cabellos del amable niño que se sonreía. Contemplaba su rostro, en otro tiempo tan alegre y encarnado, ahora tan triste y pálido, sus fatigados párpados que se cerraban porque sus ojos no podían tolerar la claridad del día. Lady Omeril hizo señas á la nodriza para que saliera y se quedó sola con su querido Edward, de quien no apartaba sus ojos, bañándole con sus lágrimas y cubriéndole de besos. Ya le cantaba una alegre canción, ya rizaba sus cabellos complaciéndose en llamarle con los nombres más amorosos, y adornándole con sus diamantes que todavía estaban sobre el tocador. Bien pronto se unió á ella su esposo para prodigar nuevas caricias al niño.

«¡Qué interesante estás, la dijo su marido, y cuánto me complaz-

co al verte tan ocupada con nuestro Edward! ¡Ahora me pareces más hermosa que con esos brillantes adornos! ¡Cuánto daría yo por haber conservado el niño y la niña que se nos han muerto! ¡Ahora vendrían con su hermanito, enlazados los bracitos, á rodearnos como una guirnalda de flores!»

Lady Omeril suspiró, y quitándose los collares y brazaletes con que habia adornado al niño, se los dejó en las manos como unos juguetes, que sacrificaría de buena gana para volver la sonrisa á sus labios y la vivacidad á sus ojos.

Pocos dias despues de esta escena, Lady Omeril fué convidada á un brillante concierto que se daba en casa del Corregidor. Al salir de su casa se llegó á ella un criado y la dijo: «Milady, si volveis esta noche ántes de la hora acostumbrada, veréis lo que causa la muerte de vuestros hijos.»

Asustada, no hizo más que presentarse en el concierto, y con fisonomía triste é inquietas miradas, escuchaba la música melodiosa con una indiferencia que indicaba algun pesar oculto que la oprimia. Lady Omeril pensaba en su querido hijo Edward que sucumbia á un mal desconocido, como una planta roida por un gusa-

no devorador, y queriendo aclarar cuanto ántes el sentido de las palabras del criado, no eran todavía los once de la noche y ya atravesaba rápidamente en su coche las calles de Dublin. Al llegar á su casa Lady Omeril se precipitó al cuarto de su hijo, abriendo lentamente la puerta para no despertarle. El terror se apodera de su alma á vista de aquel aposento solitario, alumbrado por la pálida luz de una lámpara que producía sombras vacilantes y fantásticas en las colgaduras de la ventana. No pudiendo moderar su impaciencia, corrió vivamente la cortina que cubría el lecho de su hijo. Este no dormía, sus ojos estaban fijos y desencajados, su rostro pálido, y un sudor frío le corría por la frente. Le habla sin que escuche, le pone la mano sobre el corazón y le parece que no palpita; le estrecha en sus brazos besándole y acariciándole, pero el niño no hace ningún movimiento, no da un sólo grito ni gemido, parece poseído de estupor, y la pobre madre se desespera, quiere llamar y la voz espira en sus labios; quiere andar y parece clavada en la tierra; en fin, sigue la dirección de los ojos del niño que siempre estaban fijos en un mismo punto, y al pié de la ca-

ma ve un horrible maniquí, en figura de un monstruo y alas de murciélago, cuernos de chivo, ojos verdes é inflamados y miradas horribles y amenazadoras en actitud de caer sobre el niño y apresarle en sus garras agudas.

Al mismo tiempo la puerta se abre, una mujer con el pelo suelto cae á los piés de Lady Omeril gritando: «¡Perdon! ¡perdon! Soy una miserable criatura; yo he sido la causa de la muerte de vuestros hijos; yo he vertido gota á gota el veneno que ha minado su existencia; yo he inventado ese infernal maniquí para obligarles al silencio diciéndoles: Si gritais, el diablo os llevará; si hablais, os devorará, y todo á fin de emplear en el desórden las horas que debía pasar al lado de los niños durante vuestra ausencia. ¡Ah! yo ignoraba al pronto el mal que les hacía; pero despues, encenagada en el vicio, no me ha sido posible contenerme. ¡Oh Dios mio, Dios mio, perdonadme que soy muy criminal! y la infeliz se arrastraba por el suelo arrancándose los cabellos, mientras que la pobre madre cayó casi moribunda sobre el lecho de su hijo.

«Levantaos, dijo al fin á aquella miserable; vos no sois aquí la cul-

pada, yo habia olvidado que el deber de una madre es velar sobre sus hijos y no confiarlos á manos mercenarias; este deber yo le cumpliré de ahora en adelante con más exactitud. Mañana saldréis de casa, abandonada á vuestros remordimientos, que serán para vos el más horrible de los suplicios.

Despues, habiendo hecho encender el fuego casi apagado en la chimenea, quemó el maniquí á vista de su Edward, al que reanimó á fuerza de besos y dulces palabras. ¡Oh Dios mio! exclamaba vertiendo abundantes lagrimas, ¡conservádmeme y viviré sola para él!

Jovencitas destinadas á cumplir una noble mision en la tierra, yo deseo que esta historia hiera vivamente vuestra imaginacion, y grabe en vuestros corazones con caracteres indelebles, que la providencia de un niño *es su madre*.

MÁXIMAS.

MORAL DE LOS ÁRABES.

Cuando la opulencia llega á ser la única fuente de consideraciones, todo está perdido en un Esta-

do; todo el mundo quiere ser rico, y nadie se acuerda de ser virtuoso.

Imita á la hormiga en verano.

Aquel que se deja guiar ciegamente por la esperanza, tiene por compañera á la pobreza.

El que no es virtuoso no es rico.

El que abre una zanja para su enemigo, cae en ella.

El hombre que viste con más lujo del que le permite su fortuna, se parece á aquel que se pinta el rostro para ocultar los efectos de un cáncer que le devora.

No debes avergonzarte de preguntar lo que no sepas.

La ignorancia es siempre injusta con todo el mundo.

MORAL DE LOS PERSAS.

La lengua en la boca de un hombre virtuoso, es una llave que abre un tesoro.

Dos excesos pierden á los hombres; el hablar y el gozar demasiado.

El ignorante que vive sin costumbres, lleva mucha ventaja al sabio que vive del mismo modo; el primero es un ciego que ha perdido el camino, y el otro, por el contrario, se dirige al precipicio con los ojos abiertos.

ADVERTENCIA.

Este mes no hemos recibido figurin de París.

LA PRIMERA EDAD termina en el próximo número el segundo y último volúmen.

Los suscritores que nos han favorecido pueden hacer la suscripcion á LOS NIÑOS, publicacion importantísima, premiada en la Exposicion de Viena. A los suscritores de LA PRIMERA EDAD que se suscriban por el año próximo á LOS NIÑOS, les regalarémos las dos hojas del Teatro de los Niños que se han repartido; la primera es el fróntis y telon del Teatro, y la segunda una decoracion de cárcel.

La suscripcion á LOS NIÑOS cuesta 40 rs. en Madrid y 50 en provincias por el año 1875.

Por seis meses 22 rs. en Madrid y 28 en provincias.

Por tres meses 12 rs. en Madrid y 15 en provincias.

ADMINISTRACION, ATOCHA, 52, BAJO.

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.^ª,
sucsesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.